



Año 2, N° 33

La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana



Domingo 16 de Mayo de 2004

La Lectura

Juan 14:23-29

Hoy nos encontramos celebrando el Sexto Domingo de Pascua. El próximo jueves celebraremos la Ascensión de nuestro Señor, es decir, la vuelta de Jesucristo al Padre quien “ascendiendo” a los cielos va a su encuentro (en algunas comunidades esta fiesta se pasa al domingo siguiente). De esta forma nos ubicamos en los últimos días en que el Jesús Resucitado se encuentra físicamente entre sus discípulos. Luego pasarán diez días hasta la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia que marca el comienzo de la predicación evangélica.

Jesús les anuncia a sus discípulos que se va, pero volverá. Probablemente un sentimiento de temor se debe haber apoderado nuevamente de los discípulos. Ya habían estado desconcertados y llenos de miedo cuando Jesús fue crucificado. Al tercer día Jesús resucitó y cuando se dieron cuenta, recuperaron la alegría. Ahora otra vez deben sufrir la sensación de abandono. Pero Jesús les dice: *¡No se inquieten ni teman!* No hay motivo para temer porque, si bien ya no va a estar físicamente visible, se va a seguir manifestando a ellos y a nosotros, la comunidad cristiana, a través de su Espíritu Santo. Jesús va a seguir presente en la Iglesia, mediante la guía y la enseñanza del Espíritu de Dios. No podemos sentirnos solos en el mundo, porque no lo estamos.

Si leemos los versículos anteriores (v.19ss) podremos entender mejor de qué están hablando Jesús y los discípulos. El mundo ya no lo verá, pero los cristianos seguiremos viendo a Jesús en medio nuestro, porque Él seguirá manifestándose a nosotros, quienes lo amamos. Jesús nos dice: *Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la del mundo.* La paz que nos deja Jesús es lo que en hebreo se conoce como *Shalom*. No es la *pax romana*, que mediante la violencia del ejército eliminaba los conflictos y guerras (pensemos en las actuales “propuestas de paz” que el nuevo imperio estadounidense impone). Se trata de una plenitud de vida, de comunión plena entre los cristianos y de nosotros con Dios, de ausencia de toda preocupación, porque sabemos que el Espíritu de Dios nos está acompañando, protegiendo y guiando. Como cristianos, estamos llamados a vivir

esta paz que Jesús nos da (y sólo Él puede darnos) y a compartir esa verdadera paz con nuestros/as hermanos/as y con el mundo. Recordemos que la paz es lo mejor que alguien le puede desear a otra persona. Esa paz es la que nos regala Cristo con su ministerio y resurrección, y nos da esperanza y fortaleza ante nuestros problemas. La vida nos presenta constantemente desafíos, problemas, situaciones de dolor, incertidumbres... ¿Nos vamos a angustiar? ¿Vamos a cargar nosotros solos con todo eso, sufriendo sin encontrar solución? NO. Jesús nos invitó a confiar en Él y a llevarle toda nuestra vida en oración. Ser cristianos no significa que no tenemos problemas: el mundo en que vivimos y nosotros mismos permanecemos alejados de Dios y, por lo tanto, el dolor sigue existiendo. Ser cristianos significa, que podemos confiar en que Jesús nos sigue acompañando mediante su Espíritu y que podemos disfrutar de su paz (*Shalom*) siempre que confiemos en Él y pongamos nuestras vidas en sus manos. No olvidemos que continuamos celebrando la Pascua y esto significa que seguimos en un clima festivo. El Señor resucitó y nos sigue acompañando cada día. Celebremos su compañía, guía y protección cada día de nuestras vidas.

La Actividad

Nuestra mochila personal

Objetivo

Aprender a entregar a Jesús nuestras vidas y nuestros problemas, de manera que podamos sentir un alivio en esta carga y su compañía para solucionar los problemas.

Materiales

Papel afiche, tijeras, pegamento y lápices de colores.

Acción

Leemos el texto con los chicos y luego comenzamos a charlar sobre las cosas que les preocupan (los más chicos también tienen preocupaciones o cosas que no entienden y que no les gustan). Se pueden juntar en parejas y comentar más privadamente sus inquietudes para después dibujarlas o escribirlas. Luego, los invitamos a hacer una “mochila” de papel afiche (también podemos tenerla lista con anterioridad). Cuando estén listos van poniendo las preocupaciones y problemas llevados a papel, en las “mochilas”. Éstas se la entregaremos a Jesús poniéndolas en el altar o debajo de la cruz, haciendo una oración personal o grupal (guiada por un/a chico/a) donde le decimos a Jesús que le entregamos las cosas que nos cuesta llevar en nuestras vidas para que Él nos acompañe y nos ayude a cargarlas. Al finalizar nuestra oración, cada uno toma su “mochila” y la lleva, ahora con la certeza, tranquilidad y alegría que Jesús va con nosotros ayudándonos a llevarla, sólo tenemos que confiar en Él y dejarlo entrar en nuestras vidas. Es bueno poner énfasis en que Jesús nos ayuda y nos fortalece con su Espíritu para llevar nosotros las mochilas, no las toma Él, ni las lleva solo; Él nos ayuda a nosotros.

Iglesia Evangélica Luterana Unida

Marcos Sastre 2891 – C1417FYE Buenos Aires

Tel: 4501-3925

Fax: 4504-7358

catequesis@ielu.org



Tenemos presente que...

Desde el número anterior comenzamos a hablar brevemente sobre los libros de la Biblia, realizando un pequeño comentario sobre el libro, basado principalmente en la Biblia “El libro del Pueblo de Dios”, la Biblia “Reina Valera”, el libro “La Biblia: Los autores, los libros, el mensaje” y el libro “Qué dice la Biblia”.

Levítico

Los judíos de habla griega llamaron Levítico al tercer libro del Pentateuco. El nombre da una idea de su contenido, ya que consta casi exclusivamente de leyes rituales que debían poner en práctica los sacerdotes de la tribu de Leví (una de las doce tribus de Israel). Más que ley para el pueblo, la mayor parte del libro es saber sacerdotal, imprescindible para que el sacerdocio pueda cumplir su ministerio; de ahí su estilo minucioso y preciso, sobrecargado de términos técnicos y repeticiones.

La historia que narra este libro comienza desde el segundo año de la salida de Israel de Egipto y tiene lugar en el desierto del Sinaí.

La primera parte del Levítico es un grupo de instrucciones sobre los varios sacrificios y sus rituales respectivos (Lev. 1-7). Sigue con el ceremonial para la investidura de los sacerdotes (Lev. 8-10), y luego, con un grupo de reglas sobre la pureza o impureza ritual de animales y de personas, y para finalizar, un detallado ritual de la fiesta de la expiación (Lev. 11-16). Cuando se habla de expiación, se refiere a borrar las culpas y purificarse de ellas por medio de algún sacrificio, como era común en la época del Antiguo Testamento.

La parte más importante y más antigua de este libro es la que corresponde a la «ley de santidad» (Lev. 17-26), llamada así por su temática y por las fórmulas que utiliza: «Sed santos, pues yo, el Señor vuestro Dios, soy santo». En ella se legisla sobre las personas y las cosas relacionadas con el culto y el pueblo de Israel: sangre de sacrificios, relaciones sexuales, cultos prohibidos, personas, tiempos y lugares santos. A modo de apéndice (Lev. 27), determina las condiciones para el rescate de las personas, los animales y los bienes consagrados al Señor.

El ritual de los sacrificios para Israel, como para muchas religiones antiguas, es el acto de culto por excelencia, la expresión más natural de la soberanía de Dios, es el «sacrificio». Al ofrecer un sacrificio, el ser humano se despoja de algo valioso,

altar. Lo más común era el sacrificio de animales, a los que se les extraía la sangre de un alimento necesario para su vida, y lo consagra al Señor sobre el fuego del y luego se los echaba al fuego. El humo que sube simboliza un lazo de unión entre cielo y tierra.

El ritual israelita despoja a los sacrificios de todo elemento mágico y hace resaltar el aspecto personal. Pero estos ritos están expuestos a convertirse en prácticas exteriores, sin espíritu. Israel hizo esto muchas veces, y los profetas tuvieron que alzar su voz para recordar que Dios detesta el humo de los sacrificios, cuando faltan la justicia y la fidelidad a sus mandamientos. Por eso, el sacrificio por excelencia es el de Cristo que aceptó «por obediencia la muerte y muerte de cruz» por todos nosotros y de una sola vez (Flp. 2:8).

La lectura de este libro deja casi inevitablemente la impresión de que su contenido pertenece a una cultura lejana y extraña al ser humano moderno. Esto es verdad, pero visto en su contexto histórico, el libro da testimonio de un sentido muy profundo de la grandeza de Dios y de la preocupación por formar un pueblo santo, consagrado al culto del verdadero y único Dios, Yahvé, en medio de naciones paganas. Así, el Levítico nos muestra cómo los seres humanos de un tiempo cultivaron su relación con Dios. Las formas pueden cambiar, pero la intención y el sentido permanecen en otros estilos y lenguajes. Las exigencias de santidad y pureza en el servicio a Dios siguen siendo válidas, y la referencia al Levítico es indispensable para entender muchos pasajes del Nuevo Testamento, que nos hablan de Cristo y su Sacrificio redentor.



Les recordamos que pueden encontrar este número de La Página Semanal, así como los anteriores, en la página Web de la IELU www.ielu.org . En la barra del costado derecho pueden ingresar al link llamado [Catequesis](#) y encontrarlos.